



AYUDA

SEMANARIO DE LA SOLIDARIDAD



AÑO II
Núm. 88

Editado por el SOCORRO ROJO DE
ESPAÑA (S. R. I.)

VALENCIA, 2 DE MAYO DE 1938

Redacción y
Administración: MONTORNÉS, 1

PRECIO:
50 cts.



A E
ARCHIVOS
ESTATALES



Proclama publicada en el "Diario de Valencia" del 2 de junio de 1808

1808

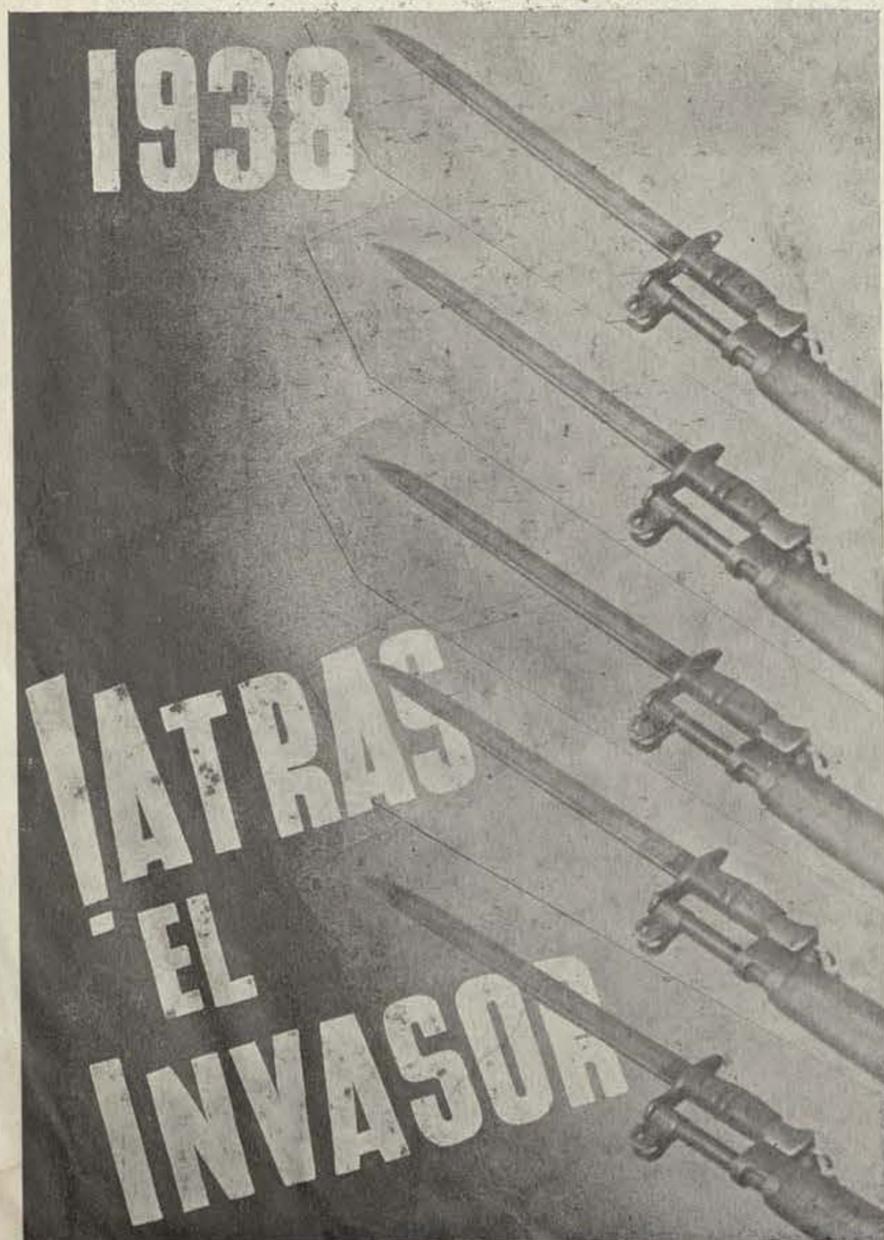
"Pueblo valenciano, a vosotros me dirijo. Cuerpos militares y civiles, prestadnos atención y conoced mis deseos: Convoquémonos todos para finalizar la s'n par acción. ¡Con qué placer leerán nuestros descendientes la historia de nuestro suelo! ¡Qué heroicidad! Pero no nos empapemos en tan agradables ideas, no...; tratemos sólo de los medios de realizarlas. Lo más está hecho, sólo falta ejecutarlo con resolución. Prescindid por ahora de vuestras familias e intereses; todo es menos que lo presente. El clarín de la fama nos llama para defender nuestra Patria, y ésta es preferible a la de la vida y el primer deber del hombre de bien. Oh cuántos ejemplos de esta verdad nos trae la gloriosa memoria de nuestros antepasados! Alistaos prontamente. Toda excepción en el día es una disculpa vergonzosa que os llenará eternamente de afrenta y de ignominia. Comercio, nobles y ricos, con vosotros hablo: volad a engrandecer vuestros trofeos, a aumentar los blasones de vuestras armas. Reunid vuestros pueblos. Cread Compañías, Batallones, Regimientos enteros de infantería y caballería a la mayor presteza. Ofreced vuestros tesoros al Gobierno para la subsistencia de los defensores: vuestros géneros para vestirlos y vuestros brazos si son útiles. El momento es llegado, y no basta el presentarse para tranquilizar al pueblo; es preciso vencer o morir; todos estamos comprometidos y con igual obligación, y es necesario imprimirnos el que el valor es el que decide las grandes batallas. Que en la Milicia las leyes son irrevocables; sus decretos rápidos y ejecutivos; sus recursos admirables; y que la disciplina y el orden son las bases de un Ejército. Al nuestro, que aún se está organizando, se le debe imprimir estas verdades como un axioma.

La infame seducción del opresor resonará incesantemente en vuestros oídos. ¡Qué iniquidad! ¡Qué vileza! Todas las naciones se horrorizan del nombre de Napoleón. Reunamos nuestras fuerzas. Invoquemos las de las potencias ofendidas. No perdamos un instante. A las armas, a las armas; avancemos a un tiempo, compatriotas; la Patria nos anima; lejos de nosotros exterioridades inútiles que entretienen el precioso tiempo que necesitamos, pues el buen español debe confiar en el cañón, en el entusiasmo y en el Dios de las victorias.

P. V M. L."



Los piqueros de Bailén



Alocución del General Miaja y de Jesús Hernández al Ejército de Maniobras

"Soldados, Jefes y Comisarios del Ejército de Maniobras:

En la defensa por todo nuestro pueblo y todo el Ejército Popular de la República, la independencia y la libertad de la Patria, os cabe a vosotros, soldados, mandos y Comisarios del Ejército de Maniobras, el honor de defender uno de los frentes que con más rabia codician los ejércitos extranjeros. ¡Cerradles el paso con el plomo de vuestros fusiles, con el acero de vuestras bayonetas, con el corazón antifascista y español de vuestros pechos! ¡Resistid, hincados en la tierra que no quiere ser ultrajada por los invasores! ¡Resistid como resistieron los combatientes de Madrid en las puertas de la ciudad inexpugnable!

¡Toda nuestra España de hoy es el Madrid de entonces, y como Madrid ha de vibrar en la decisión de no ser esclava! Madrid supimos hacerle victorioso porque supimos resistir.

Soldados: ¡Ni un paso atrás! Cada palmo de tierra de la Patria tiene que ser defendido como se defendieron las piedras de Madrid. Cada metro que avanza el enemigo tiene el precio de nuestra vida, de nuestra independencia y de nuestra libertad!

Jefes, oficiales: ¡Firmes al frente de vuestros soldados para hacer de granito el bloque de la resistencia!

Comisarios: ¡Formad con vuestro ejemplo y vuestro trabajo la fibra de esa resistencia en la unidad inquebrantable de los combatientes!

¡Vuestro pan, vuestros hogares, vuestro trabajo, vuestros hijos, nuestra tierra independiente y libre bajo la bandera de la República, están detrás de esa resistencia sublime que desencadenará nuestra victoria!

Hemos comprobado la alta moral de vuestro espíritu, la capacidad de vuestros mandos y el ardor de vuestros comisarios y sabemos que cumpliréis gloriosamente el mandato de España, de la República, del Gobierno y de vuestro general."



INDEPENDENCIA



La Historia ha puesto a España en el trance de defender nuevamente su independencia nacional, la integridad de la Patria y la libertad de los españoles.

En 1808, Napoleón, que había paseado por el mundo sus tropas invencidas, que había pisado pueblos y los había sometido a su tutela odiosa, intentó apoderarse de España.

En 1938, los veraugos de Alemania e Italia, Hitler y Mussolini, que pasean su piratería por el mundo, que invaden pueblos y cambian la geografía ante la actitud miedosa de Europa entera, llevan casi dos años enviando material de guerra y fuerzas de sus ejércitos regulares para apoderarse de nuestra tierra y someternos a sus voluntades de colonizadores.

Pero "España no se somete", dijeron nuestros antepasados de 1808, y repetimos nosotros.

Hoy, como ayer, es firme nuestra voluntad de ser libres, y combatimos contra el invasor, sacrificando nuestras vidas en la lucha, sin otro afán que derrotar a los que el mundo teme.

Es aleccionador ese pasaje del "Bailén" de Galdós, donde una mujer del pueblo, una madrileña que arrojó desde su balcón piedras y agua hirviendo a las tropas francesas, le dice a un antiguo soldado de Napoleón:

"TAMBIEN MI PUEBLO VA A DECLARAR LA GUERRA A ESE LADRON DE CAMINOS; SI, SEÑOR DE SANTORCAZ, MI PUEBLO, NAVALAGAMELLA. Y ALLI NO SE ANDARAN CON JUEGOS, SINO DE RECHITOS AL BULTO. SI ESOS PUEBLOS QUE USTED NOMBRA, LAS AUSTRIAS Y LAS PRUSIAS, FUERAN COMO NAVALAGAMELLA, LA "CANALLA" NO LOS HUBIERA VENCIDO, Y SE CONOCE QUE LOS AUSTRIACOS Y LOS PRUSIACOS SON GENTE DE MUCHA FACHA Y NADA MAS. EN AUSTRIA Y PRUSIA HABRA LO QUE USTED QUIERA, PERO NO HAY UN VALSEGOSO DE ABAJO NI UN NAVALAGAMELLA."

Sí, Navalagamella derrotó a Napoleón. Navalagamella, el pueblo español.

Ante Hitler y Mussolini, nuevos "ladrones de caminos", se ha puesto en pie Navalagamella. Y la "canalla" que siembra en Europa el odio y los más terribles crímenes, se verá destrozada por el pueblo español, que está dando al mundo el ejemplo de dignidad, de honradez y valor que se necesitan para oponerse al crimen y la cobardía.

España será libre. España será de los españoles, y al conseguirlo, Francia será de los franceses, y los ingleses podrán seguir viviendo en paz en Inglaterra.



Palabras del Jefe del Gobierno, Dr. Negrín

"Nuestra lucha no es una lucha civil, es una defensa contra la invasión extranjera en España."

"Nuestro pueblo ha demostrado múltiples veces, en el curso de su historia, de lo que es capaz de hacer por defender su dignidad y su independencia."

"La sabiduría está al alcance de cuantos no han perdido la fe en la reciedumbre moral de nuestro pueblo, que ama, por encima de todo, otro beneficio, el de la independencia, sin la cual sabe que no es dado aspirar a la libertad."

"Hace unos días, un aventurero internacional proclamaba cínicamente su propósito de disponer a su capricho desde Alemania de los destinos de nuestra Patria. Esto no lo conseguirá jamás, jamás. El pueblo español no se ha dejado nunca imponer voluntades extrañas. Luchó en el pasado y lucha hoy por el derecho a decidir él solo su propia suerte."

"Este heroísmo, esta abnegación del Ejército de la República, no son sino el reflejo de la voluntad de todo el pueblo español de hacer fracasar los planes del enemigo en nuestra Patria. De esta voluntad participan todos los españoles honrados, todo cuanto hay de sano y de laborioso en nuestro país, porque todos ellos saben lo que significaría quedar reducidos a la vil condición de vasallos coloniales del fascismo italiano y alemán."

"¡Todos a la lucha! Movilicemos todas nuestras energías. Oficiales y jefes del Ejército: recordad que seguís las tradiciones de los héroes que en el pasado supieron destrozarse a los invasores."



¡Resistid, hincados en la tierra que no quiere ser ultrajada por los invasores!

Soldados: ¡Ni un paso atrás! ¡Cada palmo de tierra de la Patria tiene que ser defendido como se defendieron las piedras de Madrid; cada metro que avanza el enemigo tiene el precio de nuestra vida, de nuestra independencia y de nuestra libertad!

(Alocución del General Miaja y Jesús Hernández)

2 DE MAYO

Ambicionaba Napoleón el dominio de España en sus afanes de sojuzgar a Europa entera. Con subterfugios y engaños había introducido un ejército de más de cien mil hombres, que, poco a poco, iban ocupando los lugares fundamentales de la Península.

Cada día chocaba más con el pueblo este ejército invasor y aparecía más claro el propósito de Napoleón de convertir España en un feudo de su Imperio.

Y en este ambiente de recelo, Madrid lanzó el primer grito de independencia. Con motivo de la salida de personas de la familia real, obligadas a marchar a Francia, surgieron los primeros choques con las tropas invasoras, que encendieron en todo el país la gloriosa guerra de la Independencia.

La insurrección

El primer movimiento hostil del pueblo reunido fué rodear a un oficial francés, que, a la sazón, atravesó por la plaza de la Armería. Bien pronto se unió a aquél otro oficial español que acudía en auxilio del primero. Contra ambos se dirigió el furor de hombres y mujeres, siendo éstas las que con más denuedo les hostilizaron; pero al poco rato, una pequeña fuerza francesa puso fin al incidente. Como avanzaba la mañana, no quise ya perder más tiempo y traté de seguir mi camino; más no había pasado aún el arco de la Armería cuando oí un ruido que me parecía cu-reñas en acelerado rodar por calles inmediatas.

—¡Que viene la artillería!— clamaron algunos.

Pero lejos de determinar la presencia de los artilleros una dispersión general, casi toda la multitud corría hacia la calle Nueva. La curiosidad pudo en mí más que el deseo de llegar pronto al fin de mi viaje, y corrí allá también; pero una detonación espantosa heló la sangre en mis venas y vi caer, no lejos de mí, a algunas personas heridas por la metralla. Aquel fué uno de los cuadros más terribles que he presenciado en mi vida. La ira estalló en boca del pueblo de un modo tan formidable que causaba tanto espanto como la artillería enemiga. Ataque tan imprevisto y tan rudo había aterrado a muchos, que huían con pavor y al mismo tiempo acaloraba la ira de otros, que parecían dispuestos a arrojar-se sobre los artilleros; más en aquel choque entre los fugitivos

y los sorprendidos, entre los que surgían como fieras y los que se lamentaban, heridos o moribundos, entre las pisadas de la multitud, predominó al fin el movimiento de dispersión y corrieron todos hacia la calle Mayor. No se oían más voces que «armas, armas, armas». Los que no vociferaban en las calles, vociferaban en los balcones, y si un momento antes la mitad de los madrileños eran simplemente curiosos, después de la aparición de la artillería todos fueron actores. Cada cual corría a su casa, a la ajena o a la más cercana, en busca de un arma, y no encontrándola, echaba mano de cualquier herramienta. Todo servía, con tal que sirviera para matar.

El resultado era asombroso. Yo no sé de dónde salía tanta gente armada. Cualquiera habría creído en la existencia de una conjuración silenciosamente preparada; pero el arsenal de aquella guerra imprevista y sin plan, movida por la inspiración de cada uno, estaba en las cocinas, en los bodegones, en los almacenes al por menor, en las salas y tiendas de armas, en las posadas y en las herrerías.

Los extranjeros se defendían con su certera puntería y sus buenas armas; pero no contaban con la multitud de brazos que les ceñían por detrás y por delante, como rejos de un inmenso pulpo; ni con el incansable pinchar de millares de herramientas, esgrimidas contra ellos, con un desorden y una multiplicidad semejantes al de ametrallamiento a mano; ni con la espantosa centuplicación de pequeñas fuerzas, que, sin matar, imposibilitaban la defensa. Algunas veces esta superioridad de los madrileños era tan grande, que no podía menos de ser generosa, pues cuando los enemigos aparecían en número escaso, se abría para ellos un portal o tienda donde quedaban a salvo, y muchos de los que se alojaban en las casas de aquella calle debieron la vida a la tenacidad con que sus patronos les impidieron la salida.

No se salvaron tres de a caballo que corrían a todo escape hacia la Puerta del Sol. Se les hicieron varios disparos; pero irritados ellos, cargaron sobre un grupo apostado en la esquina del callejón de la Chamberga y pronto viéronse envueltos por el paisaje. De un fuerte sablazo, el más audaz de los tres abrió la cabeza



a una infeliz maja, en el instante en que daba a su marido el fusil recién cargado, y la imprecación de la furiosa mujer, al caer herida al suelo, espoleó el coraje de los hombres. La lucha se trabó entonces cuerpo a cuerpo y a arma blanca.

«El coracero clavó las espuelas a su corcel y despreciando los tiros se arrojó sobre el grupo. Yo vi las patas del corpulento animal sobre los hombros de la Primorosa; pero ésta, agachándose más ligera que el rayo, hundió su cuchillo en el pecho del caballo. Con la violenta caída, el jinete quedó indefenso, y mientras la cabalgadura expiraba con horrible pataleo, el soldado proseguía el combate, ayudado por otros cuatro que a la sazón llegaron.»

La lucha en las calles

«Llegar los cuerpos de ejército a la Puerta del Sol y comenzar la embestida, fueron sucesos ocurridos en un mismo instante. Yo

creo que los franceses, a pesar de su superioridad numérica y material, estaban más aturridos que los españoles; así es que en vez de comenzar poniendo en juego la caballería, hicieron uso de la metralla desde los primeros momentos.

La lucha, mejor dicho, la carnicería era espantosa en la Puerta del Sol. Cuando cesó el fuego y comenzaron a funcionar los caballos, la guardia polaca, llamada noble, y los famosos mamelucos cayeron a sablazos sobre el pueblo, siendo los ocupadores de la calle Mayor los que alcanzamos la peor parte, porque por uno y otro flanco nos atacaban los feroces jinetes.»

«Nadie podrá imaginar cómo eran aquellos combates parciales. Mientras desde las ventanas y la calle se les hacía fuego, los manolos les atacaban navaja en mano y las mujeres clavaban sus dedos en la cabeza del caballo, o saltaban, asiendo por los brazos al jinete. Este pedía auxilio, y al instante acudían dos, tres, diez y veinte, que eran atacados de la misma manera, y se formaba una confusión, una mezcolanza horrible y sangrienta que no se puede pintar. Los caballos vencían al fin y avanzaban al galope; y cuando la multitud, encontrándose libre, se extendía hacia la Puerta del Sol, una lluvia de metralla le cerraba el paso.»

«Invadiendo la casa, la ocupamos desde el piso bajo a las buhardillas: por todas las ventanas se hacía fuego, arrojando al mismo tiempo cuanto la diligente valentía de sus moradores encontraba a mano. En el piso segundo, un padre anciano, sosteniendo a sus dos hijas, que, medio desmayadas, se abrazaban a sus rodillas, nos decía: «Haced fuego; coged lo que os convenga. Aquí tenéis pistolas; aquí tenéis mi escopeta de caza. Arrojad mis muebles por el balcón y perezamos todos, y húndase mi casa si bajo sus escombros ha de que-

dar sepultada esa canalla. ¡Viva Fernando! ¡Viva España! ¡Muera Napoleón!»

Estas palabras reanimaban a las dos doncellas y la menor nos conducía a una habitación contigua, desde donde podíamos dirigir mejor el fuego. Pero nos escaseó la pólvora, nos faltó al fin, y al cuarto de hora de nuestra entrada ya los mamelucos daban violentos golpes en la puerta.

—Quemad las puertas y arrojadlas ardiendo a la calle—nos dijo el anciano—. Animo, hijas mías. No lloreis. En este día el llanto es indigno aún de las mujeres. ¡Viva España! ¿Vosotras sabéis lo que es España? Pues es nuestra tierra, nuestros hijos, los sepulcros de nuestros padres, nuestras casas, nuestros reyes, nuestros ejércitos, nuestra riqueza, nuestra historia, nuestra grandeza, nuestros nombres, nuestra religión. Pues todo esto nos quieren quitar. ¡Muera Napoleón!

Entretanto, los franceses asaltaban la casa, mientras otros de los suyos cometían atrocidades en la de Oñate.»

«Por esta calle de Barquillo pasaron esas fieras, y como les arrojaron algunos ladrillos desde los andamios de la casa que se está fabricando en la esquina, mataron a una pobre mujer que pasaba con un niño en brazos.

Al ver esto, todas las vecinas de la casa, que estábamos en los balcones, empezamos a tirarles cuanto teníamos. Una les echaba una cazuela de agua hirviendo, otra la sartén con el aceite frito; yo cogí el puchero, que había empezado a cocer, y sin pensarlo, dije: allá va; y aunque aquel día nos quedamos sin comer, no me pesó, no, señor. Después, entre Juanita la lañadora, las niñas de al lado y yo cogimos una cómoda y echándola a la calle aplastamos a dos. Querían subir a matarnos; pero, ¡quién!, todo facha, nada más que facha.

Más de cuarenta mujeres nos apostamos en la escalera, unas con tenedores, otras con tenacillas, éstas con asadores, aquella con un berbiquí, estotra con una vara de apalear lana. Si llegan a subir les hacemos pedazos. Mi marido tomó aquella lanza vieja que tiene allí desde las tan famosas campañas, y poniéndose delante de nosotras, en la escalera, nos arengó y dispuso cómo nos habíamos de colocar. ¡Ah, si llegan a subir esos perros! Yo era la más vieja de todas, y la más valiente, aunque me esté mal el decirlo.

Mi marido quería salir a la calle, al frente de todas nosotras; pero le convencimos de que era una locura. Con su carga de setenta a la espalda, él hubiera partido de un lanzazo a cuantos mamelucos encontrara en la calle.»





Defensa del Parque de Artillería

«Cuando los franceses trataban de tomar las piezas a la bayoneta, sin cesar el fuego por nuestra parte, eran recibidos por los paisanos con una batería de navajas que causaban pánico y desaliento entre los héroes de las Pirámides y de Jena, al paso que el arma blanca, en manos de estos aguerridos soldados, no hacía gran estrago moral en la gente española, por ser ésta de muy antiguo aficionada a jugar con ella. Los españoles, al verse de este modo heridos, antes enfurecían que desmayaban. Desde mi ventana, abierta a la calle de San José, no se veía la inmediata de San Pedro la Nueva, aunque la casa hacía esquina a las dos; así es que yo, teniendo siempre a los españoles bajo mis ojos, no distinguí a los franceses sino cuando intentaban caer sobre las piezas, desafiando la metralla, el plomo, el acero y hasta las implacables manos de los defensores del Parque. Esto pasó una vez, y cuando lo vi, parecióme que todo iba a concluir por el sencillo procedimiento de destrozarse simultáneamente unos a otros; pero nuestro valiente paisanaje, sublimado por



Juan Martín Díaz (el Fingecorrido)
su propio arrojo y por el ejemplo, la pericia y la inverosímil constancia de los dos oficiales de Artillería (Daoíz y Velarde), rechazaban las bayonetas enemigas, mientras sus navajas hacían estragos rematando la obra de los fusiles. Cayeron algunos, muchos arti-

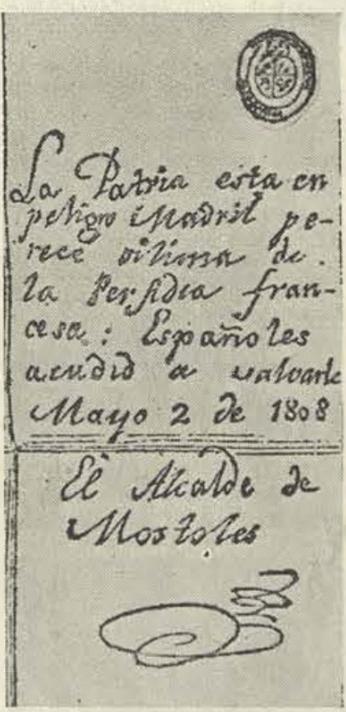
lleros y buen número de paisanos; pero esto no desalentaba a los madrileños. Al paso que uno de los oficiales de Artillería hacía uso de su sable con fuerte puño, sin desatender el cañón, cuya cureña servía de escudo a los paisanos más resueltos, el otro, acaudillando un pequeño grupo, se arrojaba sobre la avanzada francesa, destrozándola antes de que tuviera tiempo de reponerse. Eran aquéllos los dos oficiales oscuros y sin historia que, en un día, en una hora, haciéndose por inspiración de sus almas generosas instrumento de la conciencia nacional, se anticiparon a la declaración de guerra por las Juntas y descargaron los primeros golpes de la lucha que empezó a abatir el más grande poder que se ha señoreado en el mundo. Así, sus ignorados nombres alcanzaron la inmortalidad.

Causaba rabia, y al mismo tiempo cierto júbilo inexplicable, lo desigual de las fuerzas y el espectáculo de la superioridad adquirida por los débiles a fuerza de constancia. A pesar de que nuestras bajas eran inmensas, todo parecía anunciar una segunda victoria. Así lo comprendían, sin duda, los franceses, retirados hacia el fondo de la calle de San Pedro la Nueva, y viendo que para meter en un puño a los veinte artilleros, ayudados de paisanos y mujeres, era necesario más tropa con refuerzos de todas armas, trajeron más gente, trajeron un ejército completo, y la división de San Bernardino, mandada por Lefranc, apareció hacia las Salesas Nuevas, con varias piezas de artillería. Los imperiales daban al Parque, cercado de mezquinas tapias, las proporciones de una fortaleza, y a la abigarrada pandilla las proporciones de un pueblo.»

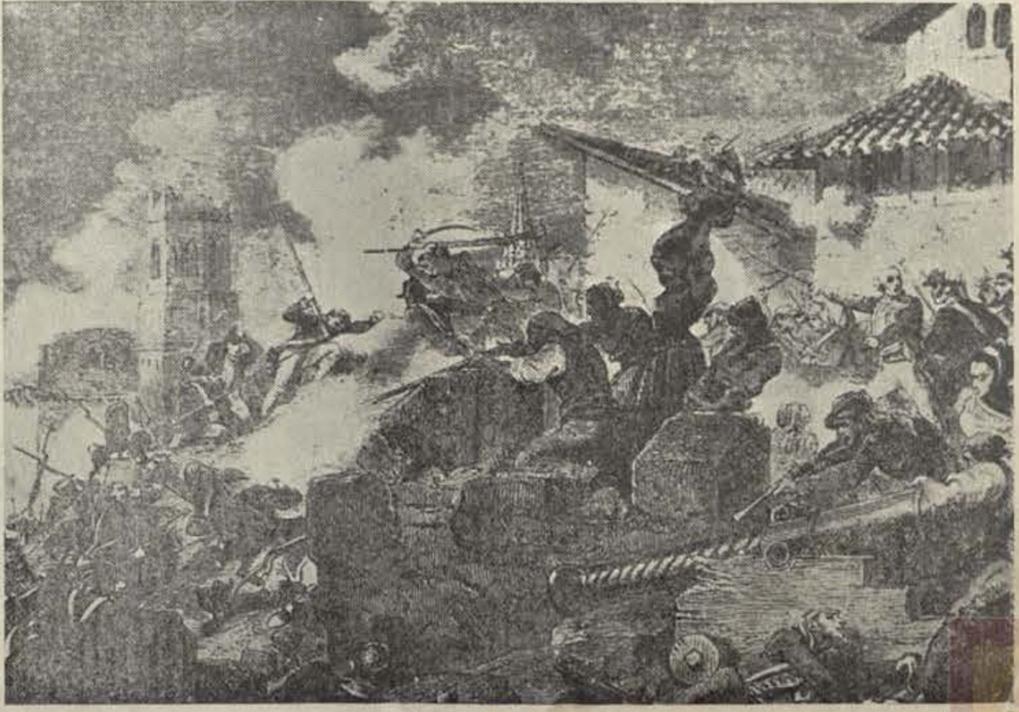
La represión

Vencida la heroica resistencia del pueblo madrileño por la enorme superioridad de las tropas francesas, comenzó la criminal carnicería. Para justificar las matanzas, puesto que a nadie se dió a conocer, se dictó el siguiente bando: «Artículo 1.º Esta noche convocará el general Grouchy la Comisión militar.

Art. 2.º Serán arcabuceados todos cuantos durante la rebelión han sido presos con armas.
Art. 3.º La Junta de Gobierno



va a mandar desarmar a los vecinos de Madrid. Todos los moradores de la Corte que pasado el tiempo preciso para la ejecución



de esta resolución anden con armas, o las conserven en su casa sin licencia especial, serán arcabuceados.

Art. 4.º Todo corrillo que pase de ocho personas se reputará reunión de sediciosos y se disipará a fusilazos.

Art. 4.º Toda villa o aldea donde sea asesinado un francés será incendiada.

Art. 6.º Los amos responderán de sus criados; los empresarios de fábricas, de sus oficiales; los padres, de sus hijos, y los prelados de conventos, de sus religiosos.

Art. 7.º Los autores de libelos impresos o manuscritos, que provoquen a la sedición, los que distribuyeren o vendieren, se reputarán agentes de la Inglaterra, y como tales serán pasados por las armas.

Dado en nuestro Cuartel general de Madrid, a 2 de mayo de 1808.

Firmado, Joaquín.—Por mandato de S. A. I. y R., el Jefe de Estado Mayor, general Belliard.»

Como se presentaba en mi alma atribulada aquel espectáculo en la negra noche, aquellos ruidos pavorosos, no es cosa que puedo yo referir, ni palabras de ninguna lengua alcanzan a manifestar angustia tan grande. Llegaba junto al Espíritu Santo, cuando sentí muy cerca ya una descarga de fusilería. Allá abajo, en la esquina del palacio de Medinaceli, la rápida luz del fogonazo había iluminado un grupo, mejor dicho, un montón de personas, en distintas actitudes colocadas, y con diversos trajes vestidas. Tras de la descarga oyéronse quejidos de dolor, imprecaciones que se apagaban al fin en el silencio de la noche. Después, algunas voces, hablando en lengua extranjera, dialogaban entre sí; se oían las pisadas de los verdugos, cuya marcha en dirección al fondo del Prado era indicada por los movimientos de unos farolillos de agonizante luz. A cada rato circulaban tropeles con gente maniatada, y hacia el Retiro se percibía resplandor muy vivo, como de la hoguera de un vivac.

Acerquéme al palacio de Medinaceli por la parte del Prado, y allí vi a algunas personas que acudían a reconocer los infelices últimamente arcabuceados. Reconocílos yo también, uno por uno, y observé que algunos de ellos estaban vivos, aunque ferozmen-



te heridos, y arrastrábanse pidiendo socorro, o clamaban en voz desgarradora suplicando que se les rematase.

Recorrí como un insensato el primer patio y el segundo. En éste, que era el de la Pelota, no había más que franceses; pero en aquél yacían por el suelo las víctimas aún palpitantes, y no lejos de ellas las que esperaban la muerte. Vi que las ataban codo con codo, obligándolas a ponerse de rodillas, unas de espalda, otras de frente. Los más agitaban los brazos al mismo tiempo que lanzaban imprecaciones y retos a los verdugos; algunos escondían con horror la cara en el pecho del vecino; otros lloraban; otros pedían la muerte, y vi uno que, rompiendo con fuertes sacudidas las ligaduras, se abalanzó hacia los granaderos.

Hubo muchos que, heridos por las balas de las extremidades y desangrados, sobrevivieron después de pasar por muertos hasta la mañana del día siguiente. Estos casos no fueron raros; yo sé de dos o tres a quienes cupo la suerte de vivir después de pasar por los horrores de una ejecución sangrienta. Un maestro herrero, comprendido en una de las traillas del Retiro, dió señales de vida al día siguiente, y al borde mismo del hoyo en que se le preparaba sepultura. Lo mismo aconteció a un tendero de la calle de Carretas, que hasta hace poco tiempo ha existido; un individuo que era entonces empleado en la imprenta de Sancha, y fué fusilado torpemente dos veces: una en la Soledad, donde se hizo la primera matanza; después, en el patio del Buen Suceso; desde aquí pudo escapar arrastrándose entre cadáveres y regueros de sangre hasta el hospital cercano, donde le dieron auxilio.

(Episodios Nacionales, Galdós.)

Romeu - 1808



Valencia, 1808. Valencia empieza a sentir la guerra de independencia. Los que marcharon a arreglar sus particulares asuntos a Madrid traen el entusiasmo del pueblo del Dos de Mayo. Allí, aun cuando continúan dominando los napoleónicos, se advierte lo esperanzada que está la masa con la victoria. Está convencida de que ésta será suya si sabe resistir firmemente. Anida en cada madrileño un Malasaña capaz de hundir su navaja negra en el vientre de un capitán de dragones.

Valencia ha oído ya la potente voz del Palleter. Se apresura a la defensa. La Junta Suprema, presidida por el Padre Rico, llama a las armas a todos los valencianos de los dieciséis a los cuarenta años. Todo el pueblo en pie de guerra para defender su independencia. La causa de la Patria es la causa de todos. Sin mirar para nada diferencias políticas o religiosas, cada valenciano, de blusa blanca y anchos calzones, oye el ronco sonido del caracol marino que, como ayer a las Germanías, hoy le llama a defensa de sus intereses, al dilema de ser o no ser español. Y el pueblo, mal armado, con escasas municiones, sin alimentos, desarraigado, pero con una fuerte moral, va a tener en jaque, durante muchos meses, al vencedor de Marengo y Egipto, al que llevó frente a las Pirámides a su Ejército francés.

Romeu se convierte en jefe. El solo equipa y arma a dos mil hombres. Con ellos sale de Valencia. Cada pueblo que pasa son centenares de hombres jóvenes que se alistan. Todos, todos para defender la Patria.

Romeu ha prometido, en el castillo viejo de Sagunto, luchar hasta conseguir la victoria. Y Romeu, que jamás duda, cumple sus promesas.

Allí mismo les habla a sus soldados: «Volemos, hijos de Sagunto, volemos al campo del honor. Vilmente hollada nuestra Patria, juremos no doblar jamás la cerviz al yugo afrentoso de esos advenedizos que, so color de amistad, pretenden tiranizarnos; vencer o morir sea el juramento irrevocable de la división saguntina». Y como héroes van a Alicante, a Cuenca, al Maestrazgo a vencer a las divisiones extranjeras.

Hay que resistir. Este fué el grito de Romeu cuando la potencialidad del enemigo le obligó a replegarse a cualquier aldea. El fió siempre en la resistencia la victoria. Resistiendo se debilitaba la fuerza del enemigo; resistiendo se le hacían bajas considerables en su loco

afán de tomar las posiciones al asalto. Esta resistencia inusitada exasperó siempre a los mariscales de Napoleón. Acostumbrados a grandes y fáciles batallas, a Ejércitos que sólo veían la victoria de los invasores en la lucha y huían cobardemente, les exasperaba este guerrillero español, que sólo con dos mil hombres les tenía en jaque día y noche.

Romeu murió como había vivido. Hasta su muerte es la resistencia. Murió viendo más allá del fin de su vida el fin de la invasión. El había estado en el Madrid del Dos de Mayo y había visto el pueblo acudiendo a los lugares de los fusilamientos a morir arengando a los que quedaban impulsando a la lucha a sus hermanos.

Romeu cree firmemente que la causa española es la causa de la victoria. En la cárcel no acepta componendas de ninguna clase. Ve en el patíbulo, en su muerte, su mejor discurso. El ejemplo de su cuerpo colgado espolea al pueblo valenciano a aprestarse todos a la lucha. El soldado francés no duerme, porque el puñal y la navaja buscan su cuello. No come en las posadas, porque el veneno es servido a granel. No va solo de noche, porque cada esquina es un parapeto. Hambriento, diezmado, el año 14 los vencedores de Marengo y Egipto salen de nuestra patria oyendo en la lejanía el canto de libertad de los

españoles que aun resisten, que aun luchan por su libertad.

En Sagunto, en mitad del parterre, hay un busto de Romeu. Hoy, frente a los aviones que bombardean, se conserva su gesto duro, sus cejas y facciones contraídas. Y de Sagunto han salido gran cantidad de guerrilleros. Pero hoy no van a formar pequeñas fuerzas diseminadas. Hoy tienen armamento, van magníficamente equipados. El viejo castillo romano los contempla. En Sagunto se han escrito las maravillosas páginas de la resistencia española. Sagunto, su ejemplo, ha servido para hacer de cada español un héroe que, convencido de la victoria, es capaz de todos los sacrificios por conseguirla.

En el Maestrazgo, en los montes donde luchó intensamente el guerrillero Romeu, vuelven a sonar lenguas y pasos extraños. Allí ha vuelto a entrar el invasor. Hoy no tenemos a Romeu. Tenemos mil hijos suyos que, como él, se han arengado a sí mismo el «juramento irrevocable de vencer o morir». Vencer para impedir que España sea sojuzgada. Que el 2 de Mayo de 1938 sea la fecha heroica de la resistencia. Recordemos siempre a nuestros héroes. España no fué jamás esclavizada sin lucha. España hoy, ciento treinta años después de las grandes batallas contra Napoleón, sabrá vencer nuevamente a los Napoleones de hoy, estando convencida de que no quedando Fernando VII que venerar.

A. ALBERTO G. ESTEVE

Una mujer española

COPIADO DEL «DIARIO DE BADAJOZ» DE 27 DE JUNIO DE 1808

De Mérida escriben, con fecha del 23, la noticia siguiente: Ayer salió de ésta, con el mayor júbilo, el Batallón alistado de paisanos; y al joven que llevaba la bandera le dijo su madre en público estas palabras:

"Hijo mío, cuidado con lo que haces; observa la mejor conducta, mira que vas a combatir al enemigo y a defender la Patria. Si, cobarde, vuelves la espalda, no vuelvas jamás a mi casa, ni te acuerdes nunca de tu madre, ni cuentes ya con su tierno cariño... Su indignación, su aborrecimiento eterno, he aquí la recompensa que te aguarda."

En este mismo espíritu siguió la madre al Batallón hasta la salida del pueblo, añadiendo a las mujeres que le acompañaban:

"Compañeras, si en las batallas llegan a morir todos los hombres, triunfaremos nosotras."

Tan alto grado de patriotismo sólo cabe en el corazón de una Matrona Española.



Cuando el 7 de noviembre...



Cómo destruyó Carrasco dos tanques italianos

Muchos habrán experimentado en esta guerra lo que es un sol tranquilo en circunstancias terribles. Así lo experimentó Carrasco en las orillas del lago de la Casa de Campo.

De pronto se oye el ruido de un motor. El ruido de un motor, ¡el ruido de un motor!

No son los aviones, no pueden ser los aviones. ¡Son los tanques! Sí; se oye ruido de ramas tronchadas, el ruido del motor cambia de intensidad como el de un automóvil; se percibe cuando el conductor pisa el acelerador; se oye el fragor de los embragues.

¡Sí, son tanques; y hay que pararlos!

De pronto se oye ya el ruido de la ametralladora.

Carrasco, el comandante Carrasco, no se azora. Tiene veintidós años y piensa que «ha llegado el momento». Ha llegado la hora en que tanto se ha pensado.

Baja las escaleras del lago y avanza, arrastrándose, escondiéndose entre los árboles. Tira una,

dos y tres bombas de mano contra el pedazo de hierro; no consigue nada.

—¡Abrid, abrid cajas de bombas! ¡Con el machete mismo! ¡Hay que acercarse más! Es peligroso; pero...

Las balas de las ametralladoras le rozaban por la espalda, por los pies. Carrasco sigue tirando bombas y bombas y bombas.

¡Por fin! Uno de los tanques empieza a dar vueltas sobre sí mismo, como un loco; está herido. ¡Jamás se ha visto un más alegre bailoteo mortal en el mundo!

Choca con el otro y le estorba.

¡Vengan bombas y bombas y bombas!

Por fin, el otro también cae. Al ruido tremendo sigue un silencio de victoria, un silencio que se ha bien ganado este pequeño trozo de España: el lago de la Casa de Campo.

Carrasco llama, con el fusil, a la puerta blindada del tanque, por donde salen unos italianos llorosos.

Carrasco sonríe feliz y satisfecho. Van a hacerle comandante.

PETERE.

Pueblo del Dos de Mayo

¡Alta nuestra Patria y libre de enemigos y traidores, los de dentro y los de fuera, vendidos y usurpadores! El pueblo del Dos de Mayo, heredero de grandezas y tradiciones de gloria españolas, no francesas, quiere defender su suelo, su legada independencia, su historia, su geografía, su religión y su ciencia. ¡Libertad!, grita rebelde, y arde, brilla, centellea en cada pecho patriota roja y encendida tea. ¡Que muera el usurpador y que los traidores mueran! Los cañones de Murat lúgubramente resuenan... Sangre en la Puerta del Sol, en Alcalá, las Carretas, lanceros y mamelucos de asesinas bayonetas... El pueblo muere luchando con denuedo, con fiereza, con Daofz y con Velarde, sus bravos a la cabeza. ¡Oh pueblo del Dos de Mayo! Tiene tu misma conciencia éste que hoy lucha y que libra su guerra de independencia. Tiene tu mismo coraje y es de tu madera recia. ¡Vencerá como venciste porque a la muerte desprecia!

M. L. C.

H. LAFUENTE



El secreto de nuestra fuerza

La carretera parte en dos el pequeño pueblecillo de Levante. Un pueblecillo español con sus casas de negro barro, en las que se alberga la tristeza de una guerra larga.

Al ruido de los camiones han salido a la puerta de una casita baja dos muchachas vestidas de negro. El primer camión ha parado junto a la casa, y una algarabía de muchachos, curtidos por muchos días de sol y de combates, ha llenado el pueblecillo de una bandada de risas jóvenes. Una de las muchachas ha entrado a la casa y vuelve al momento con su delantal lleno de naranjas. Es triste el marco de la puerta de la pobre casa; son tristes los vestidos de las dos hermanas, que parecen el mejor cuadro de la tragedia de España. Las naranjas han puesto unas pinceladas de color vivo; las naranjas y las sonrisas de las muchachas levantinas, que han descubierto sus dientes blanquísimos en una sonrisa sacada de allá en lo hondo. Una a una han ido tirando las naranjas a los soldados apretados en el camión. Seguramente las muchachas no tienen otra cosa que esas pobres naranjas, convertidas, por gracia de la intención, en el mejor homenaje y la mejor prueba de simpatía.

Cuando el camión arranca de nuevo, los gritos que se cruzan, las últimas miradas y las palabras que no se dicen y llenan como de un aire nuevo la calle del pueblecillo español, expresan el secreto de nuestra guerra y aseguran la suerte de España. Allí está nuestra historia, allí está nuestra raza, allí están todas nuestras mejores armas: España en pie, España nuevamente en la Historia luchando por su independencia.

Seguramente, hace 130 años, en las calles de este mismo pueblecillo español, los antepasados de estas muchachas y de estos animosos soldados, vivían una escena parecida. Serían soldados de Mina, de Romeu, de «El Empecinado», como estos otros lo son de Líster, de Mera, de «El Campesino»..., soldados españoles, mujeres de nuestra España, vibrando de odio al invasor y dispuestos a defender la tierra donde nacieron, la lengua que aprendieron, su casa y las costumbres de su España contra la intromisión de gentes extranjeras.

Hoy y ayer, pueblo y soldados con una misma aspiración. Hoy como ayer, el pueblo español que no se doblega.

El 7 de julio de 1808, el Duque del Infantado se ofrecía en Bayona a José Bonaparte en nombre de los Grandes de España; el Magistrado de Castilla y el Duque del Parque se ofrecían también. Al día siguiente, toda esa gente publicaba una proclama en la que ordenaban la sumisión general a la dinastía de los Bonaparte. Pero el pueblo español ya había dicho su palabra: el 2 de Mayo de Madrid había sido su mejor expresión. También Franco y otros traidores españoles han dicho a Hitler y Mussolini que le entregarían España para saciar las ambiciones del fascismo de poseer nuestros campos, nuestras minas, nuestros mares..., pero el pueblo español ha dicho su palabra: España no será más que de los españoles.

Poco a poco los invasores fueron aprendiendo lo que les recordó el poeta gaditano Cristóbal de Beña, con palabras que antes había usado el mismo Napoleón:

«Y escrito está en los libros del destino
que es libre la Nación que quiere serlo.»

Los franceses se asombraban de que el centro de la independencia española estuviera al mismo tiempo en todas partes y en ninguna. A pesar de las victorias parciales del ejército invasor, el ejército aparecía en todas partes a la superficie. Quebrantadas sus fuerzas veinte veces, se hallaba siempre dispuesto a ofrecer resistencia al enemigo, y después de una derrota aparecía lleno de fuerzas nuevas (1).

El secreto de esta imbatible fuerza estaba en que no era un ejército lo que se oponía al invasor; era el pueblo español.

Como en 1808, en la nueva guerra de independencia no hay un núcleo o nudo de resistencia, vencido el cual se derrumba el edificio de nuestra defensa. Podrá sufrir derrotas el Ejército Popular, podremos perder circunstancialmente terreno, podremos quedarnos reducidos a los trozos de tierra que mantenían la seguridad de nuestra permanencia en 1808, pero por encima de esas derrotas, sobre los reveses más o menos duros que aun nos tenga reservada esta nueva guerra de independencia nacional, está ese espíritu español, este pueblo que en cada una de sus casas y en cada uno de sus hijos tiene el centro de su resistencia y su razón de victoria. Y mientras aliente un pecho español, mientras haya un hijo de España con las plantas sobre su tierra, hay que creer que es capaz de renovar las gestas de sus antepasados y mantener la llama viva de nuestra raza sobre los campos y ciudades españolas.

Esas mujeres que ofrecen naranjas a los valientes soldados que van a dar su sangre por España, no son un caso accidental. Son ejemplo de nuestro pueblo en pie de guerra, son ejemplo de la solidaridad en la lucha.

En el territorio gobernado por los españoles y en el que ofendían los soldados extranjeros, un pueblo ardía en odio contra los extraños y prestaba ayuda a los que les combatían. Todo el cariño que cada español demostraba con su ayuda a nuestros soldados se trocaba en odio a muerte para el extranjero. Un frente interno desconcertaba a las tropas francesas. El campesino, aparentemente sometido al francés, que le adulaba con palabras lisonjeras, era el que le acechaba en el camino para hacerle perder en una emboscada o el que le hundía el cuchillo durante el sueño; el que ocultaba en el último rincón al español perseguido y le entregaba dinero y comida para su viaje hasta el encuentro con nuestras tropas.

¡Cuántos casos de heroísmo callado nos relatan los que logran escapar de la zona externamente dominada por el fascismo, y cuántos



Voluntarios de la juventud

Andaba perdido por allá, en uno de esos cortijos andaluces donde los campesinos han visto pasar tantos días de hambre y esclavitud. No tenía arriba de diez y seis años. Alejado de la vida, entregado por completo a las tareas del campo, sabía, sí, que había guerra, que algunos de los mozos que con él trabajaban habían marchado al Ejército. Pero su preocupación no había pasado de trabajar y trabajar.

Pero un día llegó hasta él otro zagal. Diez y siete años. Alto y fuerte. Quería reunir a los obreros que trabajaban en el cortijo. —La Patria está en peligro. Hay que tomar las armas todos. El enemigo no debe quitarnos nuestras tierras.

Los obreros no estaban. Habían ido hacia la faena. Sólo quedaba el zagalejo, que escuchaba con cara de asombro, pero con interés, las palabras del otro.

—Toma, lee. Hacen falta dos Divisiones de Voluntarios.

Y le entregó pasquines, hojas, manifiestos.

Leyó y leyó, cada vez con más avidez, con mayor entusiasmo. Inopinadamente suspendió la lectura y preguntó:

—Y yo, ¿puedo ir también?

—Pues claro. Vamos muchos. Todos somos jóvenes que queremos defender España y asegurar una vida mejor para mañana.

Juntos marcharon al centro de

nos serán descubiertos cuando podamos abrazar a los buenos españoles del otro lado de las trincheras!

Marchan al frente esos soldados hijos de España, no para oponerse al francés o a los afrancesados, como en 1808, sino a los alemanes, a los italianos, a los moros y a los que han querido entregarles España. Las mujeres saben a qué van y por eso les dan todo lo que tienen con el cariño de hermanas que quieren decirles: Luchad con coraje; aplastad a los extranjeros que vienen a pisar nuestros hogares. Estamos con vosotros, sufrimos y padecemos en esta guerra, pero no habrá sosiego para los españoles, no habrá descanso ni habrá alegría mientras no podamos reanudar nuestra vida, mientras no podamos construir nuestro porvenir con la sola voluntad de los hijos de España, que labrarán sus tierras, impulsarán sus fábricas, sufrirán y gozarán sin la intromisión de voluntades alemanas ni italianas, como país libre e independiente ayer, hoy y mañana. ¡Y siempre!



metí que no habría de abandonarle. Yo me muero. Pero quedáis vosotros. Habéis de prometerme que no lo abandonaréis, que marcharéis siempre juntos.

Hizo una pausa que los demás aprovecharon para hacer la promesa que se les pedía.

—Y ahora—prosiguió, cada vez con voz más apagada—, a reorganizarnos. Formad vuestras compañías, vuestras escuadras y adelante. Yo he caído, pero vosotros debéis seguir. La Patria está en peligro. El fascismo avanza. Compañeros: ¡que no pasen! ¡que no se apoderen de nuestras tierras! No os preocupéis de mí. ¡Adelante los voluntarios!

Con lágrimas en el rostro, con los puños cerrados, con más rabia que jamás, los voluntarios se reorganizaron allí mismo, en el sitio donde pocos momentos antes habían retirado a sus camaradas muertos y heridos.

Con paso sereno, con firmeza iniciaron la marcha los Voluntarios de la Juventud. Sus cabezas aún se volvían atrás, como postre despedida a los que se quedaban.

Alguien inició «La Joven Guardia». Y a sus acordes, cada vez pisando más recio, con la cabeza aun más alta, siguieron su marcha hacia el punto de destino.

Un Batallón de Voluntarios ha entrado ya en fuego. Precisamente en los frentes más movidos. Han resistido ataque tras ataque, sin moverse de sus trincheras.

Eran mandos salidos de los propios voluntarios, delegados políticos provisionales nombrados por la J. S. U., quienes dirigían la acción de los heroicos voluntarios.

—El Gobierno ha dicho que es necesario resistir hoy para vencer mañana. Nosotros, los voluntarios, debemos dar el ejemplo. ¡Que nadie se mueva! ¡Más alta que nunca nuestra bandera!

Hablaba el Comisario. Y le contestaban, entre las descargas de la fusilería, las estrofas de «La Joven Guardia», entonada por los voluntarios.

Castigaba de firme la artillería y los morteros del enemigo. Pero los voluntarios resistieron.

—Tirad cuanto queráis. ¡Pero no pasaréis por aquí!

Y por allí no pasaron en aquella jornada.

Así son los Voluntarios de la Juventud, ejemplo magnífico para todos los antifascistas españoles, orgullo de la joven generación española, que lucha por la independencia de España, pero que está conquistando, en los campos de combate, un porvenir venturoso, alegre y feliz, en el que esos jóvenes campesinos tengan escuelas, clubs, tierra para ellos.

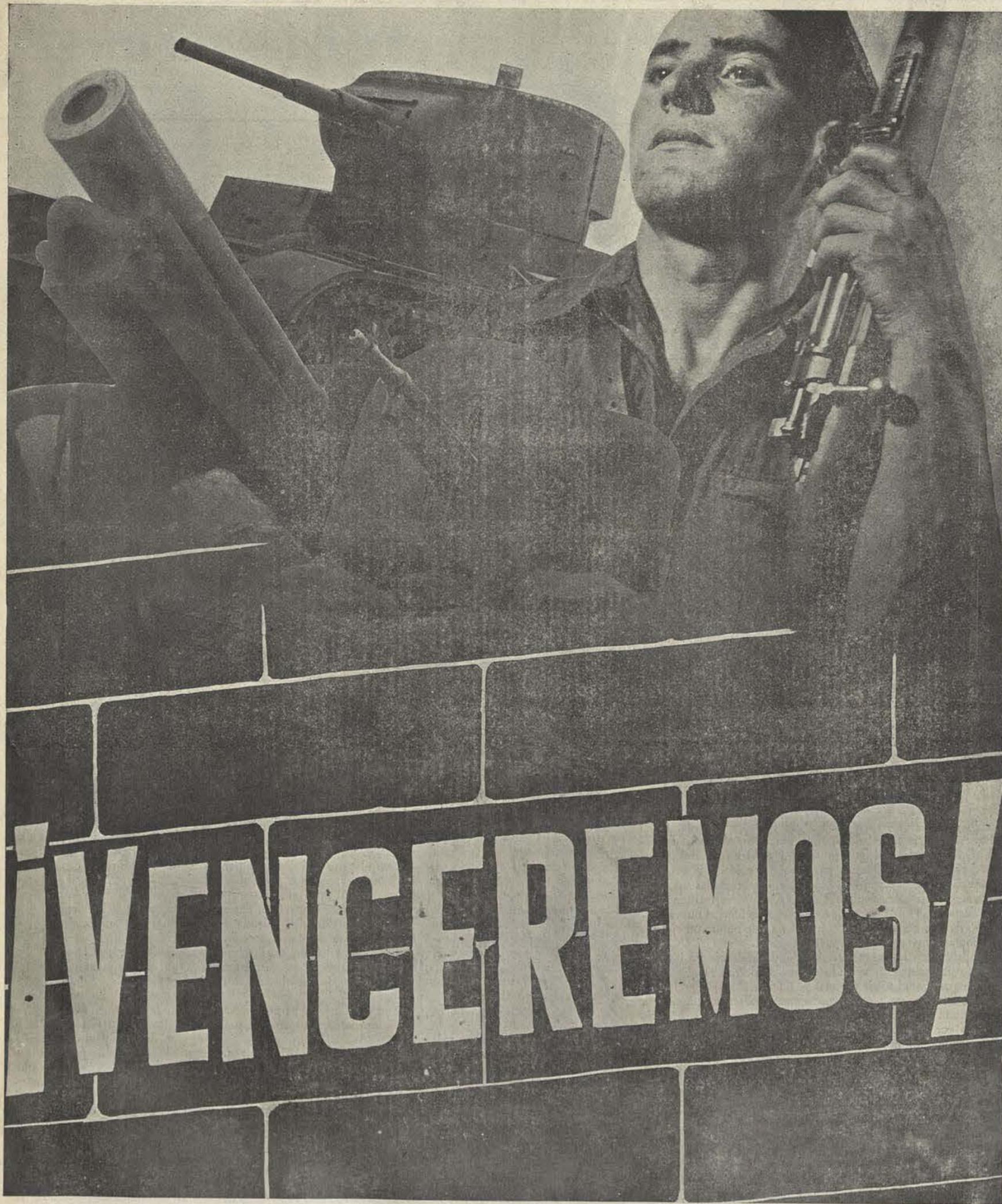
¡Voluntarios de la Juventud! Miles de héroes que, con su sacrificio y su heroísmo, van a aumentar la capacidad de resistencia de nuestro glorioso Ejército Popular. Miles de nuevos soldados de la libertad y de la independencia, que cerrarán el paso al invasor. Miles de dignos descendientes de los voluntarios que lucharon contra los carlistas en las mismas tierras donde hoy combatimos contra el fascismo, de los heroicos defensores de Madrid en el 2 de mayo, de los defensores de Sagunto y Numancia.

A esos voluntarios, ejemplo y orgullo de nuestra España, ¡todo el calor, toda la ayuda y la solidaridad del pueblo antifascista!

ROLDAN

Isidro R. MENDIETA

(1) C. MARX.—Artículo publicado en el *New York Tribune* de 30 de octubre de 1854.



¡VENCEREMOS!

“Les faltan balas, les falta metralla; no importa, cargan el cañón con piedras de chispa. ¡Oh, que vengan ahora! ¡Miserables! ¡España tiene todavía en sus calles piedras para acabar con el invasor!”

(Episodios Nacionales)

**TENEMOS EL HEROISMO DE AYER • TENEMOS
ARMAS EFICACES Y UN EJERCITO ORGANIZADO**

LA VICTORIA ES NUESTRA

Tipografía Moderna—Avellanas, 9—Teléfono 11062—Valencia